

LA PROTESTA

Desde 1897 en la calle
Precio \$ 3

Publicación Anarquista

Nº 8245
Julio - Agosto 2009

Durruti, los compañeros, la Revolución



La conservación y el abismo

En varias oportunidades, en diferentes ámbitos, definimos al hombre como una posibilidad. Unidad de sentido múltiple que nada tiene que ver con el bien o con el mal, con la trascendencia o la inmutabilidad. Su historia, el mundo en el que es, hasta los alimentos que lo nutren y, sobre todo, sus aspiraciones lo acercan a una inminencia de cambio que lo libera de las sentencias definitivas.

Es esa posibilidad la que intentamos poner en evidencia al rescatarla de los límites que imponen los modos de la represión. Podemos ver como el dinero como tiempo nos esclaviza a la propiedad privada y al trabajo como único reaseguro de obtener lo que realmente vale y nunca se consigue: tiempo. Las religiones imperan sobre un solo soberano pecado, la desobediencia, y castigan para imponer su propio orden: sólo matarás en nombre de Dios, del Estado, de la familia. La identificación del individuo obrero con el objeto-máquina y la valoración que el capitalista hace de él y que el Estado legitima, conducen a la reducción de la vida a un mero acto mecánico, el cual puede ser formado, reparado y descartado de acuerdo a su utilidad. La funcionalidad de los medios informativos y culturales para el afianzamiento de una cultura, la cultura de la opinión en lugar del pensamiento, se proyecta hacia la gestión autónoma de opiniones inocuas a través de las nuevas tecnologías. Las drogas legales e ilegales fueron durante los últimos cincuenta años de las armas mejor utilizadas por el Estado para obtener la uniformidad obediente de las mayorías y minorías. Los intelectuales, los mitos, los derechos y deberes; actores, actos y consecuencias de estructuras de poder que impusieron al hombre una forma de existencia: la explotación.

Contra la sincronización de la vida con el crimen de la eternidad, fue Bakunin el que vio, escucho u olió el poder del fuego. No sólo en la mano de los insurrectos, sino en él y en ellos mismos, el poder de la destrucción inauguraba la posibilidad de abandonar la esclavitud al trabajo, la ignorancia, a Dios y sus poderes terrenales, al Estado y sus policías. La destrucción implicaba acabar con todas estas formas de explotación en su propio seno. No daba lugar a reformas, a contratos, a dobleces. Confíaba todo a esa posibilidad que es el hombre. Pero sólo podía confiar en la destrucción porque es sólo ella capaz de hacerse cargo de lo que somos hoy en tanto vigilados, explotados, reprimidos, separados, de abrir el tiempo a la mirada sobre el pasado capaz de conformar la crítica necesaria para no volver a los instrumentos de la dominación. Somos una posibilidad si proyectamos. Pero no queremos instrumentar a nadie para ese proyecto.

Sabemos de donde proviene esta guerra de clases, los crímenes y los criminales que hicieron las cosas en el mundo para que nosotros seamos instrumentos de la explotación. Conocemos las formas en las que las jerarquías del mundo se proyectan. Hablamos de estructuras políticas, culturales, económicas y religiosas. Hablamos de representaciones que se retro-proyectan y se influyen, y que, hacia fuera, hacia donde "es" su poder, devastan la posibilidad de ser una posibilidad. Pero lo único que nos puede aproximar a asumir este "saber" es la destrucción de las estructuras que "hacen" a los explotados.

Retomando: tal vez no podamos definir ese ser una posibilidad. Tal vez la idea de proyección sea más cercana.

En ese estado en el que se alcanzaría la posibilidad no se agota la proyección, por lo menos no desde donde lo pensamos. No se cierra en la perfección o la perfectibilidad, sino en abrirlo a ser una posibilidad. La dificultad temporal de la definición (que, al mismo tiempo, es posible que implicara una instrumentación progresiva de los medios) no le quita a lo que sabemos la capacidad de proyectar desde la guerra a lo que somos, en tanto seguimos siendo instrumentos de un sistema. Justamente, es en donde emerge la posibilidad a pesar de las enormes fuerzas represivas, y desde donde proponemos la individuación radical de las definiciones que levantamos oponiéndonos y buscando, definitivamente, destruir al sistema, lo que somos, lo que sabemos.

Estas posibilidades son realidades, es decir, que la pregunta sería ¿qué hay en la posibilidad?

La puesta en práctica de elementos y formas que quieren no agotar los principios de los cambios en fórmulas instrumentales, busca acabar con la totalización de la historia y abrir las relaciones de la vida.

Es cierto que la destrucción se realiza en la muerte, pero la destrucción en nuestro acto busca la significación de la muerte. Por un lapso, por un período, busca mantener abierto un canal por el cual se haga evidente la muerte sistemática a la que está sometida la posibilidad y, lo que es más importante, fuerza el desarreglo con esa forma de muerte impuesta, para asumir en la negación destructora, la posibilidad de morir. Ese íntimo "punto fijo de la danza" donde el movimiento puede ser.

La posibilidad acontece: espacios que se abren y que emiten su imposición entre lo normal. Decir que Amanecer fue una de esas posibilidades en devenir irrefutable es algo que, tal vez, no me corresponda. Soy un testigo ajeno a su pulso vital. Si puedo ver a través, y esto es una maravilla del ser humano, ver y proyectar a través de otro, de cada uno de los escritos que quedaron en las páginas de La Protesta. Gracias a ellos, puedo ver en sus movimientos más íntimos a la resistencia y a la revolución social; a los cómo integrados al cuerpo del ser humano; hasta las modulaciones e inflexiones de la voces que acuerdan las acciones a realizar en las formas. Cada uno de sus escritos es la indagación más cercana a las posibilidades de lo humano. Preguntándome sobre la destrucción, el ser y la posibilidad comencé a escribir el texto que viene antes de este último párrafo. Llegado al momento de definir algo que se pudiera comprender, empecé a leer desde esta pregunta algunos artículos dispersos de Amanecer; sólo tuve que abrir algunos números de años pasados para comenzar a entender, de otro modo, la relación entre vida y obra. Es, en definitiva, lo que quiero ofrecer como conclusión de este artículo: invitarlos a aproximarse a la posibilidad desde sus impresiones más significativas.

Sé que con esto no alcanza para nuestros fines, de hecho creo que eso no corresponde a este espacio. Pero permitanse, compañeros, ingresar a la revolución por la puerta de la belleza.

P. T.

Barreras, duendes y después...

Seis y media de la mañana, todavía oscuro. Noche de luna, viento débil. Tengo dificultades para abrir la puerta de calle donde vivo. ¿Principio o final? El último rincón. Un largo pasillo.

Como es costumbre, venía de una noche de insomnio. Diría la ciencia, problemas de salud -anatómicos- serios. Mate, música, añoradas situaciones, atesoramiento de sueños amenazados. "Soledad concurrida"... Un mermado esqueleto dotado todavía de "duende".

Voy en bicicleta, a la casa de mi hija, distante once o doce cuadras. Aclara, estoy algo fatigado. Una cuadra y media, doblo por Estévez otra cuadra, y a veinte metros adelante, a mitad de distancia de donde tenía que volver a doblar, alguien, con un arma en alto, amenazante.

Podría haber intentado irme, el instinto y cierto atractivo por la situación hicieron que siguiese. Cuando llegué a su lado, me apuntó y montó el arma -una 9 mm.- gritando desafiado que me bajara, que me iba a matar. Estaba "sacado", decidido y me pedía la billetera. Saqué los dos pesos que tenía -nunca tuve más de dos pesos- y se los di.

Se puso de costado -yo tenía la bicicleta entre las piernas- y sin dejar de gritar, me apoyó el arma en la cabeza, y metió la mano en el bolsillo izquierdo de mi campera. La situación me irritó. "Lo medí", un metro ochenta, setenta y cinco kilos, veinte años; "me medí", aspiré profundamente... y desistí. "¿Qué es esto?" me pregunta, "Son remedios" contesto -me los había sacado junto a un pañuelo del bolsillo- "Tome sus remedios" y me los devuelve.

Por Estévez venían una camioneta blanca y un coche, "anda que vas a ir en cana" le digo... "Si, sí" contesta, pero queda inmóvil. Tras el paso de la camioneta y el coche, ya confiado, arranco con la bicicleta y no intenta nada. Doblo por Figueroa -paralela a la autopista- y a 60 o 70 metros delante, al costado de las cabinas del peaje -y su implacable sube y baja de dos pesos dentro de la ley- me estaba esperando la camioneta blanca. El que manejaba, que iba con una mujer y dos chicos me pregunta: ¿lo estaban asaltando? Y antes que le contestase siguió... "No tenía el arma, sino!..." Tendríamos que juntarnos los vecinos", no lo dejé terminar... "Es la droga" y me interrumpió -"que vayan a trabajar"... "Lo que no me gustó nada, es que me haya metido el fierro en la cabeza" continué y agregué: "Pero a los que hay que apuntar, es a los que nos llevan a estas situaciones". Me miró, se sonrió, arrancó y se fue. Me di vuelta, mire hacia atrás, y en medio de la calle donde había doblado, estaba "el delincuente" con los brazos hacia abajo, y el arma en una de las manos, mirándome, tal vez sorprendido, pensando en mi advertencia, más que en la bicicleta, que nunca me pidió.

Seguí, hasta donde la autopista me permite doblar, un par de cuadras más y llegué. El encuentro con mi hija -siempre un encuentro- y el comentario primero, ligero.

El compañero y mi nietita dormían todavía. Nos pusimos a tomar mate... y los detalles. "Si me hubiera querido sacar la bicicleta, no se lo que pasaba..." "¡Pero papi, la bicicleta!". "Me preocupa que alguien en mi lugar se pueda asustar o enojar, y me preocupa el pibe"... "¡Burguesía miserable!" exclamó mi hija. La fatiga había desaparecido.

Burguesía miserable... ni principio ni final.

y después...

Trapezio, figura geométrica descriptiva en forma -y a la luz del día- del antiguo y abandonado Club Náutico.

Sobre la calle Defensa, uno de los costados, ochenta metros, calle de tierra, modestas casitas adheridas al paredón que circunda el Club; en la vereda opuesta, construcciones de chapa y madera, típicas del lugar e indescifrable arquitectura. El otro costado, paralelo a la autopista y a la asfaltada calle Figueroa. La parte de atrás, cien metros divisorios, de un amplio espacio habitado por torres de departamentos y el frente, sobre Estévez, de cuarenta metros con el portón de entrada y uno de los pocos pedazos de empedrados que sobreviven a los alrededores.

Y por las noches, geografía difusa, donde a la calle de tierra, la progresiva oscuridad, la dota de móviles luces y sombras de profundidad inalcanzable, que proyectan a laberintos sin final. El lado opuesto -desentendido de cualquier futura autopista- y el arroyo con sus aguas en conflicto permanente con el paredón, donde navegan botes y precarias barcas capitaneadas por gurises piratas -preoces colaboradores de "el pan de cada día"- furtivos visitantes de las extensas quintas y plantaciones frutales existentes tras el club, y cuya defensa bélica son, la posibilidad de naufragio que encierra la oscuridad, y algún espantapájaros... a veces humano.

El frente, "de mirada" hacia el norte, completa el trapezio. Originalmente -según cree mi antepasado- un triángulo mochado en antiguo entrevero, por "un corte cara a cara y mano a mano".

Un boliche -viejo almacén con despacho de bebidas- un bulín trasnochado, y voces, como advertencia en el decir de un tango nostálgico y rebelde... "sos cartón para el amigo y para el maula un pobre cristo".

Y las luciérnagas, que como estrellas extinguidas, dejan destellos de luces superadoras de su tiempo... y que al reflejarse en el pedazo de empedrado y en las aguas del arroyo, se transforman en múltiples figuras arabescas...